CRONISTA MAYOR DE BUENOS AIRES

Año 4 | 1810/1910 | BUENOS AIRES, MAYO DE 2002 | Núm. 32

LUCES DEL CENTENARIO

La ciudad durante los festejos del primer aniversario de la Revolución de Mayo

Mayo es el mes de la liturgia civil de todos los argentinos. Elegimos esta forma de recordar a través de otro recuerdo: el del primer centenario. Nos pareció mejor recordar con otro homenaje porque la historia de la revolución es una historia nueva para cada época. Así hubo un primer festejo en mayo de 1811 con aborígenes, himno completo y presencia americana. Hubo un mayo "españolizado" en el gobierno en 1830 y otro mayo en el exilio con la generación del 37, hubo el mayo de Vicente López y el mayo de Bartolomé Mitre. Y un mayo del primer centenario. Cada versión, cada interpretación explicó más el momento en que se interpretaba el hecho histórico. Y éste es el milagro y la fuerza de la historiografía, de las diferentes lecturas. Pero el 22 de mayo se mantuvo siempre como el día de la derrota del "virrey", la caducidad del poder español. Empieza la revolución, le sigue la guerra. Y luego de tanta guerra la independencia que afirma teóricamente una fuerte decisión de ser libres pero no resuelve cómo organizarnos. Pareciera que todos queremos ser libres, pero todavía no sabemos a pesar de la Constitución y de sus leyes hacia dónde vamos. Hoy, otra vez, sabemos qué cosa no queremos. Y también coincidimos teóricamente: la mayoría quiere que todos tengamos acceso a la educación, a la vivienda, al trabajo y a la salud. Pero quién será la minoría, que lo impide, que no sabe cómo. En 1910 había futuro y minorías. ¿Quién triunfó? ¿Qué pasó con la superación de los hijos de clases medias y obreros? ¿Qué pasó con los valores? Se perdieron. Empieza otro país y termina otro. ¿O tal vez como en 1810 hay proyectos derrotados y otros que triunfaron? Esto es la historia, más preguntas que respuestas.

L.B.

LA ARGENTINA EN EL CENTENARIO

Los festejos del Centenario eran la oportunidad para demostrar al mundo que la Argentina se había convertido en un país moderno, que había dejado de ser esa pequeña aldea donde los caudillos de las diferentes regiones del país se disputaban el control político a través de sus montoneras. A los avances económicos que permitieron colocar al país el mote de "granero del mundo", sin embargo, se oponía un país donde la participación política era restringida. Los inmigrantes, uno de los motores del cambio, no podían participar en la vida política, pero se les otorgaban todos los derechos civiles sin restricciones y la población nativa sentía hastío e indiferencia ante las viejas costumbres que perduraban en los hombres nuevos; y mientras las mieles del progreso económico no detuvieran su marcha, parecía que nada necesitaba cambiarse. El lema de la época era libertad política para pocos y libertad civil para todos; estaba claro que la representación popular, la división de poderes y la estructura organizativa federal, principios establecidos en la Constitución de 1853, aparecían como declarativos pues en la práctica no tenían vigencia. Las cuestiones nacionales eran manejadas como problemas dentro de las redes de relaciones familiares y/o amistosas que servían y satisfacían los intereses dentro del círculo restringido de la elite, con sus correspondientes premios y castigos en el reparto de los cargos y para mantenerlos, el fraude electoral organizado y el uso de la fuerza estaban vigentes todavía. Ramón Cárcano recordaba: "Las luchas electorales y de predominio se realizaban entre un grupo selecto e influyente. La masa instintiva obedece a sus influencias y tendencias, cumple dócilmente órdenes superiores e incontrastables. La libertad de sufragio sólo se discute por la escasa minoría que puede aplicarla".

En 1890 por primera vez se produce una ruptura en la alianza dominante y aparecen sectores dentro de ella que impugnan la legitimidad del sistema. Así, desde los primeros años del siglo XX rondaba en muchos, la idea de ampliar la participación política.

Dos sectores diferentes comenzaron a luchar con fuerza por lograrla: los sectores medios urbanos por un lado y los obreros, por otro. La Unión Cívica había elegido las armas para presionar la salida anticipada del gobierno del entonces presidente Juárez Celman, y termina dividiéndose en dos al aceptar uno de los grupos, participar dentro del gobierno del sucesor Pellegrini. Los que continúan en una posición más dura, en la Unión Cívica Radical, Leandro Alem e Hipólito Yrigoyen, planteaban que sólo la revolución era la única vía para lograr participar y hacer respetar los principios de la Constitución. No creían en las alianzas con la elite, y sólo a través de comicios limpios participarían de un acto eleccionario, la abstención era para ellos la forma de expresar sus ideas.

La llegada de inmigrantes no sólo trajo sus costumbres e idiomas diferentes, sino que también las ideas políticas vigentes en Europa se trasladaron con ellos. Así se formaron los primeros clubes socialistas, que intentaban difundir sus ideas y mejorar las condiciones de trabajo en nuestro país. Se difundieron las ideas anarquistas, que creían más en la práctica de la solidaridad, la justicia, la igualdad y rechazaban todo tipo de dominación. Al partido político, los anarquistas preferían la acción directa a través de la actividad sindical o la violencia política (por medio de atentados).

Los socialistas formaron un partido político en 1896, sus ideas no sólo llegaron a la clase trabajadora, sino que muchos intelectuales y profesionales adhirieron a ellas. Claro que participar en un acto eleccionario era difícil; recordaba Enrique Dickmann que "para poder votar había que esperar turno en algún grupo reconocido por el presidente del atrio, que generalmente era el caudillo del comité (...) Después de una larga espera pudimos acercarnos a las urnas. Pero cuán grande fue nuestra sorpresa cuando el presidente de la mesa nos dijo, tranquilo y

Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires

SECRETARIA DE CULTURA

La historia es memoria, presente y futuro

gobBsAs

Vista del arco conmemorativo situado al inicio de la Avenida de Mayo.

cínicamente, 'que no podíamos votar porque ya habían votado por nosotros'. Quisimos protestar, pero la policía nos arrojó brutalmente del atrio. No nos amedrentamos, e instalados en nuestra mesa en medio del malevaje que nos miraba huraño y de soslayo, ofrecimos boletas socialistas 'a todo el mundo'. (...) Algunos ciudadanos heroicos consiguieron filtrarse a través de la espesa malla del fraude y depositar unos pocos votos por el Partido Socialista. Pero éstos fueron anulados en el escrutinio por orden del presidente del atrio(...)".
En las elecciones de diputados llevadas a cabo en 1904, es elegido Alfredo Palacios. Será el primer diputado socialista de América latina. En 1905 el entonces presidente Quintana decidió volver las cosas atrás. Así la llegada del Centenario se produjo dentro de un nuevo clima electoral. Los festejos fueron encabezados por el presidente de la Nación, José Figueroa Alcorta. Le sucederá en octubre de ese año, Roque Sáenz Peña.
Los temas políticos que siempre preocuparon a Sáenz Peña en sus ensayos fueron combatir el personalismo político y asegurar el voto libre, por eso no resultó extraño que promoviera la reforma de la ley electoral, para tal fin contaba con un sector de la elite que compartía sus ideas. Con la sanción de la ley, se producen las primeras elecciones libres y populares, el Presidente aparece interpretando y realizando las aspiraciones de los nuevos grupos sociales que van a desalojar a la elite del Gobierno, sin embargo, "Sáenz Peña nunca creyó que pudiera perder en los comicios el partido nacional, e Yrigoyen jamás aspiró a conquistar el gobierno sino por la revolución. Si gestionó reformas electorales, fue para satisfacer las exigencias de sus amigos".
Pero sobre todo para insertar definitivamente a la Argentina dentro del concierto de países modernos, donde conviven distintos partidos políticos.
El proceso de modernización viene acompañado del surgimiento del sentimiento nacional, de la búsqueda de valores que unieran a los recién llegados con la población nativa. Por eso la preocupación en la educación se acentúa, y es a través de la historia donde pueden encontrarse características que definan una identidad nacional, los actos escolares adquieren mucha importancia para asegurar la difusión de estas características, y sobre todo asegurar que en los festejos por el Centenario todos se sientan partícipes, pues habían formado parte del progreso desarrollado. Por eso se toma al arte como medio propagandístico, de esta preocupación surgen las pinturas que encarga Adolfo Carranza como director del Museo Histórico Nacional, con el fin de ilustrar y conmemorar los sucesos de mayo.
Para el Centenario, Buenos Aires se prepara para lucir en todo su esplendor. Entre 1880 y 1914 la ciudad sufre innumerables transformaciones que comienzan a definir el perfil de metrópoli moderna que hoy conocemos. Se introduce el gas y la electricidad para la iluminación de los servicios públicos, surge el tráfico en las calles con la irrupción del automóvil y las primeras calles asfaltadas, los trenes, los tranvías y el subterráneo. Se comienzan a construir mansiones y palacios de estilo francés y aparece el primer rascacielos de la ciudad: el Plaza Hotel, donde las recepciones y los bailes son cita obligada. En el teatro Colón se escucha y aplaude a Caruso y Toscanini. Pero el punto más importante fue sin duda la Exposición Internacional de Arte del Centenario, Buenos Aires se convertía en sede de un evento de carácter internacional, al igual que París, y llegaban representantes de todos los países para celebrar el *progreso argentino*. Miguel Cárcano define este momento: "más que un homenaje a los hombres de 1810, fue un tributo a los hombres de 1910 (...) Las fiestas del Centenario produjeron en 'propios y extraños' una sensación unánime de admiración por el país. (...) Argentina está llamada a ejercer la hegemonía de Sudamérica".

LA CELEBRACIÓN

Los trabajos de ornamentación para los festejos del primer centenario incluían la iluminación mediante miles de bombitas eléctricas de todos los principales edificios públicos, plazas y avenidas de la zona céntrica. Nutridas columnas de estudiantes recorrían a su vez las calles en espontáneas y entusiastas manifestaciones patrióticas, que provocaban la adhesión y el aplauso del público (uno de los grupos destruyó las precarias instalaciones del Circo del payaso Frank Brown, erigidas en la céntrica esquina de Florida y Córdoba, considerando que afectaban la imagen de la ciudad en esos momentos de fausta celebración. Un diario les dio plena razón señalando: "El circo, que era un armatoste antiestético, fue incendiado en señal de protesta por haber dejado la Municipalidad construir en pleno centro tal adefesio..."). El 25 de mayo, jornada central del Centenario, miles de escolares se congregaron en las primeras horas de la mañana en la nueva Plaza del Congreso, y entonaron las estrofas del Himno Nacional. Por la tarde se desarrolló el gran desfile militar ante la inmensa muchedumbre que colmaba por completo la Plaza de Mayo, la calle Florida y la Plaza San Martín, y que aclamó el paso marcial de más de 20.000 soldados argentinos precedidos por la marinería de los barcos de guerra extranjeros fondeados en el puerto. Pero el hecho realmente espectacular de ese día inolvidable para Buenos Aires se produjo al anochecer, cuando ante los ojos maravillados de la multitud que se había volcado desde todos los barrios sobre el centro, se encendieron los millares de focos que adornaban los edificios y plazas. Esa noche, a su vez, en el nuevo y fastuoso Teatro Colón se realizó una velada de gala que colmó sus 2487 asientos con lo más granado de la sociedad porteña. Al término de su interpretación de la ópera Rigoletto, los famosos cantantes italianos Anselmi y Titta Ruffo recibieron, como lo señaló un testigo, "el homenaje casi fanático con que se festeja la aparición de los privilegiados..."
Dos días más tarde los salones del Colón sirvieron a su vez de escenario a un espléndido baile al que asistió el presidente de la República Figueroa Alcorta y la Infanta Isabel. Ésta, tras asistir a muchos otros actos e inclusive realizar una visita al Jardín Zoológico de Buenos Aires (considerado en esa época como uno de los más avanzados y lujosos del mundo, acababa de recibir del zoológico de Hamburgo, como homenaje al Centenario, un conjunto de raros animales entre los cuales figuraba una serpiente que asombró a los porteños, de seis metros de largo y cien kilos de peso, con una cabeza, al decir de un testigo "grande como un perro"), abandonó nuestra ciudad el 2 de junio.
El gobierno decretó dos días feriados a la llegada de los visitantes, así como a su partida, por cuya razón el pueblo pudo participar de los festejos. La noche del día 25, Campos Salles y su comitiva fueron obsequiados con un banquete en la Casa de Gobierno. El día 26 por la tarde, el presidente del Brasil recibió en su alojamiento la visita de numerosas delegaciones de sociedades, institutos, etc. que fueron a presentar sus homenajes.

UN ACERCAMIENTO SOCIOECONÓMICO DEL PERÍODO

La estructura política devenida de los cambios profundos implementados en el país a partir de 1880 fortaleció la privilegiada situación de una clase social: la que había sido responsable de la construcción del modelo, la cual permitió asegurar una distribución inequitativa de la riqueza. Roberto Cortés Conde quien realiza una ajustada descripción de los distintos factores y variantes, y de algunas de sus consecuencias, que moldearon el perfil socioeconómico del período, señala: "La entrada de capitales extranjeros y las posteriores importaciones, además de los importantes ingresos por las exportaciones, mostraban un buen cuadro macroeconómico. Los saldos positivos del comercio exterior tuvieron un efecto inmediato sobre la disponibilidad monetaria, lo que generó un viva actividad en los bancos y sectores financieros y comerciales."
Más adelante, dice: "Esa masa monetaria se derivó, en parte, a negocios inmobiliarios en tierra urbana y rural, los que entre 1907 y 1910 alcanzaron un gran auge con subas extraordinarias en los precios. La ciudad reflejó esa fiebre especulativa. El alza de la tierra urbana afectó el precio de los alquileres y de las viviendas".
El aumento del precio de los cereales, por otra parte, incidió en el costo de vida, según informa el mismo autor. El tipo de cambio se mantuvo estable pero esto no impidió que se produjera una importante alza de los precios de las mercaderías de consumo masivo, los cuales no pudieron ser amortizados por un alza ineficiente de salarios. Esto contrajo la capacidad de compra y, por ende, afectó el consumo de los sectores populares.
Otro dato importante a tener en cuenta es que en el mercado de trabajo se verificaba una mayor oferta de mano de obra debido a la entrada al país de cientos de miles de inmigrantes, mientras que, por otra parte, la demanda de trabajo no aumentaba en la misma medida.
De acuerdo con las cifras que surgieron de los censos nacionales de 1869 y de 1914, la población se había cuadruplicado. Los últimos datos señalaban la existencia de ocho millones de habitantes, de los cuales el 30 % provenía del extranjero. En 1910, el 53% de la población se había establecido en centros urbanos.
El rápido crecimiento de un proletariado urbano, producto

Local de marineros y foguistas durante una huelga general.

PRIMER CONGRESO FEMINISTA

En 1910, Alicia Moreau de Justo y Cecilia Grierson organizan el Primer Congreso Feminista Internacional. Algunos de los temas sobre los que se pronuncian las delegadas a este congreso son: Ley de Divorcio, igualdad civil de la mujer, igualdad del salario y reforma del sistema educativo.

Inmigrantes llegando al Hotel.

de una importante expansión y diversificación económica, pone de relieve la cuestión social. En este marco aparecen entidades con vocación por asumir la representación de los nuevos sectores sociales.
El movimiento sindical en esta primera década del siglo XX impulsa distintos reclamos (en muchos casos a través de huelgas parciales y generales), plantea aspiraciones legítimas y favorece el espacio para nuevas ideas. La implementación de estas medidas de fuerza generalmente contaba con la aceptación de un sector extendido de los trabajadores que excedía a los sindicalizados, pues en la mayor parte de las demandas sindicales se condensaban: la preocupación generada por los bajos salarios, las malas condiciones de trabajo y la desocupación creciente. Hasta 1911, precisa Leandro Gutiérrez, "... muchos de los conflictos terminaron desfavorablemente para los obreros. Del total de huelgas producidas entre 1907 y 1911, el 48% finalizó con el reemplazo de los huelguistas por otros obreros, el 28,9% con la vuelta al trabajo en las condiciones fijadas por los patrones y sólo el 20,4% con el arreglo directo de las partes".
La huelga general de 1902, que llegó a paralizar a buena parte de la economía nacional, produjo la primera reacción significativa por parte de las autoridades nacionales: la Ley de Residencia. Éste había sido un proyecto presentado por Miguel Cané ante el Senado de la Nación en 1899. Durante años estuvo paralizado hasta que en 1902 fue desempolvado como consecuencia de la citada medida de fuerza.
La Ley de Residencia, que preveía la deportación sumaria de extranjeros considerados peligrosos para el orden público y que tenía como "blanco" a los anarquistas, no brindó soluciones a los problemas planteados por la huelga general.
Los anarquistas no confiaban en el poder de las huelgas parciales y tendían a impulsar la huelga general a la que consideraban como una herramienta fundamental para la concreción de la revolución social. Una de las huelgas más importantes fue la que programaron coincidiendo con la celebración del Centenario. La colocación de una bomba en el Teatro Colón formó parte de esa protesta. Al día siguiente, se reunió el Congreso Nacional y entró en sesión permanente hasta que se sancionó la Ley de Defensa Social (castigaba la agitación generada por obreros nativos). No hubo legislador en el recinto que votara en contra de la norma. Ésta fue la última gran huelga general de la época y marcó la declinación del anarquismo y el siguiente predominio, como corriente contestataria, del sindicalismo.
Es importante señalar que los festejos del Centenario se realizaron con la vigencia del estado de sitio. El asesinato del jefe de policía, Cnel. Ramón Falcón (ocurrido en noviembre de 1909 como venganza a la feroz represión que ordenó sobre manifestantes en Plaza Lorea), las 298 huelgas que se llevaron a cabo durante 1910, la detención de militantes, el secuestro de diarios y el accionar violento de las "bandas patrióticas"

Georges Clemenceau

(conformadas por integrantes de la oligarquía), son algunos de los elementos que configuraron un verdadero clima de agitación social.
Por otra parte, toda esta problemática social no era ajena a las preocupaciones de ciertos sectores del gobierno y de los miembros más lúcidos de la elite. Un ejemplo de las iniciativas relacionadas con la cuestión social impulsadas desde los sectores de poder es el proyecto de la Ley Nacional del Trabajo. Formaba parte de este proyecto el importante relevamiento conocido como el "informe Bialet Massé", que resultó ser un estudio acabado de las condiciones, modalidades y características del mundo del trabajo de la época, y muy especialmente la situación del trabajador rural.
El proyecto en cuestión señalaba puntos tales como: jornada de trabajo de ocho horas, accidentes laborales, el trabajo ejercido por niños y mujeres, seguros por accidentes, creación de la personería gremial, higiene laboral, etc. Esta iniciativa no fue aprobada en su momento, ya que, por distintos motivos, fue rechazada por los representantes de los interesados: los sindicatos anarquistas y socialistas y por la Unión Industrial Argentina (U.I.A.).
Más allá del fracaso legislativo, este proyecto de ley laboral contribuyó a ubicar a la cuestión social en el centro del debate público e intelectual de la época.

Vereda de un bar.

Portuarios a la orilla del Riachuelo.

Vista de las suntuosas residencias de la avenida Alvear.

TESTIMONIOS SOBRE EL CENTENARIO

La celebración del primer centenario de la Revolución de Mayo se convirtió en uno de los más grandes acontecimientos de la época. Durante varios meses numerosas comisiones especiales y el propio Congreso se dedicaron a su preparación. Personalidades de todas las esferas del mundo occidental se dieron cita en Buenos Aires. Nobles, embajadores y príncipes (como la Infanta Isabel de España), jefes de Estado, como los presidentes de Chile y Brasil, escritores y políticos arribaron a nuestras playas a lo largo del año. Los productos del país fueron expuestos en edificios especialmente construidos; se engalanaron los hoteles y las plazas; arcos festivos cruzaban las principales avenidas. Se editaron costosísimos volúmenes conmemorativos. Se proyectaron avenidas y monumentos.
El testimonio unánime de todos los visitantes acusaba el impacto producido por la opulencia de Buenos Aires.
El célebre estadista francés **Georges Clemenceau** arribó a Buenos Aires para dictar conferencias y ha dejado escritos con sus impresiones. En su *Nota de Viaje por América del Sur,* dice: "La Avenida de Mayo, tan ancha como nuestros mejores boulevares, se parece a Oxford Street por el aspecto de los escaparates y la decoración de los edificios. Punto de partida: una gran plaza pública, bastante torpemente decorada, limitada por el lado del mar con una gran construcción italiana, llamada el Palacio Rosa, donde residen ministros, el presidente, y con cuyo edificio forma paralelo, a la otra extremidad de la avenida, otra gran plaza, improvisada ayer, que se termina por el palacio del Parlamento, colosal edificio, casi terminado, cuya cúpula se parece al Capitolio de Washington. Se observan todos los estilos de arquitectura y, principalmente, el llamado *tape a l'oeil.* El edificio más suntuoso es, sin contradicción, el de la opulenta Prensa."
Examinó a la Argentina desde su pedestal de hombre civilizado que era huésped de honor de salvajes. Se sintió impresionado por el enorme crecimiento en toda la ciudad y por el sentido que tenía la población de ser gente nueva. No pasó por alto el predominio de la cultura francesa, que sin embargo no llegaba en la Argentina a la libertad de palabra ya que la policía le había prohibido hablar sobre el socialismo durante su estada en Buenos Aires. El príncipe **Luis de Orléans y Bragance** comentará: "En esta lucha decisiva por la hegemonía comercial del Plata, los ingleses, como siempre, llegan primero... Su dominio son los negocios. Por algunas individualidades poderosas imponen su tutela al comercio argentino, por sus capitales acaparan todas las empresas realmente provechosas. Son suyos los principales bancos de Buenos Aires, ferrocarriles, los docks del puerto, los grandes saladeros, las compañías frigoríficas... Carnes, lanas, azúcar, trigo, pieles, madera, todo pasa por sus manos. Tratan a la Argentina como colonia. Evitan mezclarse a los 'nativos' desdeñosos de la fastuosa vida de la capital... Su flota acapara la más grande parte de la exportación del país".
El norteamericano **James Bryce** escribía: "En ninguna parte del mundo recibe uno una impresión tan fuerte de riqueza abundante y de extravagancia... En Buenos Aires... cuando la gente no habla de sports, habla de negocios. La política se deja para los politicastros; las estancias, con su ganado y sus cosechas, se hallan siempre en la cabeza y en la boca de la gente más rica... Todos los viajeros se sorprenden del predominio de los intereses materiales y de los conceptos materiales de todas las cosas".
El francés **Jules Huret** definió sagazmente la composición de un sector de la llamada aristocracia porteña: "Entre todos ellos constituyen una verdadera oligarquía, núcleo de la ciudad criolla... Esas viejas familias criollas que no formaban más que una ínfima minoría fueron desbordadas paulatinamente por la ola creciente de los extranjeros... Convertidos en argentinos al cabo de una generación, enriquecidos por el contrabando, el comercio de pieles y lanas o la especulación sobre las tierras... penetraban por medio de casamientos en la sociedad criolla".
En la obra *Homenaje a la visita del Príncipe de Gales, Argentina 1905-1926*, se acentúa el brillo de la recientemente inaugurada Avenida de Mayo, orgullo y vidriera de esa época, "zona predilecta de la ciudad, así como la fisonomía de Madrid está en la Puerta del Sol y la de París en los grandes boulevares y la de Londres en Piccadilly y el Puente y la de Nueva York en Brodway; la de Buenos Aires se concentra en este jirón de nueve cuadras, centro de las ingentes palpitaciones de todo el conjunto. Los argentinos la llaman sencillamente 'la avenida', pues aun cuando en Buenos Aires hay bastantes, algunas más hermosas, ninguna significa para el criollo lo que esta relativamente corta avenida por antonomasia, cuyo principal mérito es ser el trasunto de la urbe por derecho de querencia y de primacía...".
Además de las referencias de extranjeros hacia los festejos, y manifestando su deslumbramiento por la fisonomía de la ciudad y su Avenida, también periodistas del interior del país se refieren a la identidad porteña, como **Jorge Calvetti:** "En la época de mi infancia, ya avanzada la década del 20, decir en Jujuy *Buenos Aires* era decir *Avenida de Mayo*. Ese nombre fascinaba como todo lo desconocido que imaginamos fastuoso. En aquellos tiempos, en Maimará, pueblito de la Quebrada de Humahuaca, un grupo de bolivianos dio a su comparsa carnavalera ese nombre Avenida de Mayo, porque para ellos, (ninguno por supuesto, había llegado nunca a una ciudad) no existía nombre alguno que significara con mayor elocuencia alegría, diversión, bullicio, esplendor...Pasados los años comprobé con secreta alegría que los provincianos –que somos los argentinos más españoles– buscamos la Avenida de Mayo como si procurásemos remontar las corrientes de la vida hacia su ancestro más hondo. Por eso una legión de provincianos no puede ni pensar en hospedarse en un hotel alejado de la gran avenida. Sería como no haber llegado a Buenos Aires".
En general advertimos en los comentarios de los intelectuales que para ellos la tónica de las fiestas del Centenario se manifestó en orgullo, paz y prosperidad. Esto lo reflejan también los poetas, como **Rubén Darío** en su *Canto a la Argentina;* **Enrique Banchs** en su *Oda a los padres de la Patria*, y **Leopoldo Lugones** en su *Oda a los ganados y a las mieses.*
Podría afirmarse que fue una muestra, por parte de los hombres de la generación del 80 y sus sucesores, de la obra por ellos realizada al mundo. Algunos de sus más importantes integrantes, como el general Roca, manifestaron plena conciencia de los cambios que se avecinaban en esa sociedad en todos los aspectos; avizoraron un mundo nuevo. Pero es probable que para muchos testigos anónimos de los festejos ése haya sido un año para recordar...

VIDA COTIDIANA EN EL BUENOS AIRES DE 1910

UNA CIUDAD, DOS REALIDADES

El espacio y el tiempo eran los mismos, Buenos Aires en 1910, pero las realidades eran disímiles, tan distintas que podrían formar parte de un juego que consiste en mirar por diferentes ventanas y observar las diferencias. Eso era la ciudad en tiempos del Centenario, la fastuosidad de las elites por los festejos y la haraposa cotidianidad de las clases trabajadoras.

Si pudiéramos imaginar un mapa, la vida de las clases altas transcurría en la zona norte de la ciudad, y la de las bajas, de Rivadavia hacia el sur. A las comodidades que ofrecían las casas de la elite en sus petit-hoteles de estilo parisino o las construcciones *art nouveau* se contraponía la vida de las clases pobres en los conventillos, que eran casas donde se alquilaban cuartos a inmigrantes. Se los llamaba así irónicamente por el derivado de la expresión española "convento" que era como se denominaba a los prostíbulos.

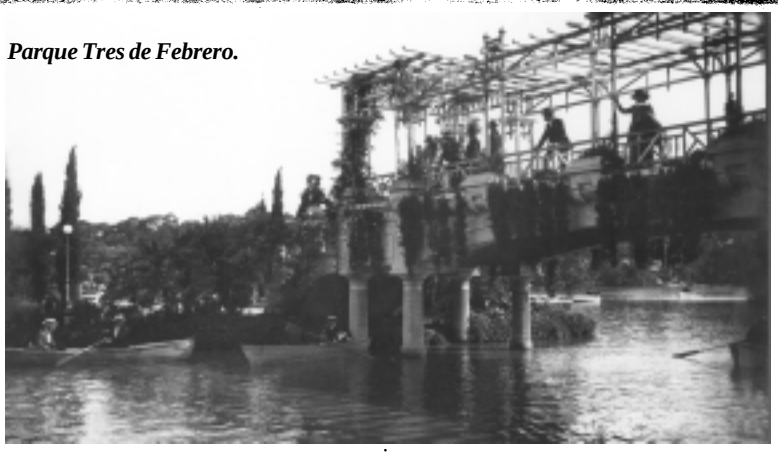
Los conventillos eran, por lo general, las mansiones venidas a menos que las clases altas abandonaron en 1871 por la epidemia de fiebre amarilla, y otros eran casas tipo chorizo construidas para alquilar cuartos. En esas piezas vivían familias enteras a veces con varios hijos, donde algunas traían sus muebles y otras sólo tenían algunos catres y baúles o cajones. Las paredes solían estar empapeladas con diarios y con las imágenes de los santos patronos del pueblo de origen. Por lo general, el patio era el lugar de convivencia donde se cruzaban las distintas lenguas e idiosincrasias, también era el sitio de los reclamos comunes y de la sociabilidad: allí se realizaban las fiestas y los bailes.

Las cocinas, por lo general, estaban dentro de las piezas, y cada familia cocinaba según sus propios gustos: piamonteses y genoveses, legumbres crudas, queso y pan; y asturianos y gallegos, tocino y pan; para los criollos, puchero. En cuanto a los baños, tanto el retrete como el lavabo eran comunes, lo cual provocaba muchas veces epidemias como el cólera, la fiebre amarilla, el paludismo, los parásitos y las infecciones. A esto se le sumaba la falta de agua potable (los conventillos eran abastecidos por carros de aguateros) y la abundancia de animales domésticos como perros, loros y gallinas que hacían muchas veces intolerables los olores.

Quizás un dato ejemplificador de la vida en los conventillos sea el de Piedras 1268, que albergaba 500 personas en 104 piezas. Es decir, 1.60 m por 1.61 m de superficie por persona. Otro, en los barrios de Once y de la Boca donde había un baño cada diez cuartos. Y como si fuera poco, los precios de los alquileres eran muy elevados, lo que terminó convirtiéndolos en foco de conflictos por los reiterados intentos de desalojo, y el episodio solía culminar en batallas campales. El caso era tan serio, que en reiteradas ocasiones se producían conflictos, quizás el más emblemático haya sido "La Huelga de Inquilinos" en 1907 cuando en el conventillo de la calle Ituzaingo al 200 se organizó para no pagar el aumento de alquileres y reclamar mayor higiene y suspensión de los desalojos. En el conflicto participaron en total más de 100.000 inquilinos que resistieron a la policía con escobas y baldes de agua hirviendo.

La vida de los inmigrantes y trabajadores en general transcurría entre el trabajo, el conventillo y, en muchos casos, la militancia en sindicatos y comités. Las diversiones eran la música popular, como el tango y otros ritmos en el patio o bodegones, los juegos callejeros y en verano el carnaval. Los patios también solían ser escenario de guitarreadas con acordeón, donde había bailes y reuniones para conversar los problemas en común. La vida cotidiana era reflejada en las novelas y las piezas teatrales de Gregorio de Laferrère y Florencio Sánchez. Estaba también Ricardo Rojas intentando rescatar la literatura nacional con las ediciones de obras como *La Argentinidad*, *El Santo de la Espada* o *Historia de la Literatura Argentina*.

Conventillo.



Parque Tres de Febrero.

Para paliar las múltiples dificultades y carencias materiales y espirituales, los inmigrantes también recurrieron a las solidaridades familiares, regionales y, en ocasiones, nacionales. Estas redes de solidaridad se tradujeron en asociaciones de carácter mutual, cultural, social o religiosa, algunas de gran importancia como Unione e Benevolenza, la Sociedad Española de Socorros Mutuos, el Casal Catalán, la iglesia Ortodoxa Rusa, la iglesia Sueca, la Danesa, la Noruega, el Club Francés, el Sirio Libanés, las instituciones judías.

En la zona norte de la ciudad, la vida era distinta. Se disfrutaba del esplendor de las grandes tiendas como Harrods, Gath y Chaves, A la Ciudad de Londres, A la Ciudad de México, y Le Bon Marché, que ofrecían atracciones diversas: suntuosas decoraciones, fuentes, orquestas. Tal es así que en 1910 una visitante extranjera dijo que "los negocios de Londres y París no tienen nada que enseñarle a los vidrieristas de la capital argentina (...) El despliegue de las luces eléctricas, cubriendo con multitud de lámparas toda la serie de edificios de estos grandes negocios que venden ropa, es probablemente único en el mundo de la decoración de negocios".

Y así la moda, en un principio restringida a la mujer, se extendía a los niños y a los hombres. Para ellas, la moda llegaba de París; para ellos, de Londres. Las grandes tiendas editaban catálogos que eran esperados por las clientas; y sólo dos veces al año; los sectores medios, que eran los menos, esperaban las "temporadas de liquidación".

También la práctica de deportes, que comenzó a difundirse a fines del siglo XIX, era considerada como una actividad imprescindible para una armonioso desarrollo individual y, si bien había nacido, entre las colonias de inmigrantes –particularmente, las de origen británico–, luego se extendió entre las clases acomodadas nativas que encontraban en el fútbol, tenis, boxeo, automovilismo, equitación y remo, actividades que la elite veía como sinónimo de esparcimiento y vida sana. Proliferaron los clubes, donde las damas no fueron excluidas. Una costumbre particular en estas clases era la de los regalos, que ganaba mayor importancia en épocas navideñas y donde se acostumbraba a regalar un piano a todas las niñas de la familia. La presencia en los teatros para las funciones de gala y los bailes de alta sociedad eran otro tipo de esparcimiento característico, donde las conversaciones eran salpicadas con algunas palabras inglesas y muchas francesas, tratando de pronunciarlas con el mayor cuidado.

La elite y los sectores tradicionales buscaban consolidar su posición a través de formas de vida exclusivas, imitadas de las europeas, y comenzaron así a resonar los apellidos tradicionales, acompañados por la exhibición de un estilo de vida distinguido; y nacieron también las calles, los parques y los paseos aristocráticos. Los hipódromos se convirtieron en centros de reunión selectos y, sitios apartados, como Mar del Plata, Tigre, Capilla del Monte, se transformaron en distintos lugares de veraneo, así como lo eran las quintas y las estancias. Mientras tanto las comisiones de damas organizaban la participación de los civiles en las fiestas, o las comisiones de vecinos se encargaban del alumbrado y la limpieza de la ciudad para el Centenario.

Georges Clemenceau veía a Buenos Aires como una ciudad de aristócratas. "No se ven más que astrágalos y florones entre crueles artesonados de líneas torcidas (...), imponentes palacios que designan a la atención pública las moradas de la aristocracia".

Clemenceau conoció las construcciones generadas a partir de 1880, públicas y privadas, donde predominaban los estilos arquitectónicos más clásicos desde el renacimiento italiano, el estilo francés académico y también las construcciones *art nouveau* de principios de siglo; pero no los conventillos. Las luces lo encandilaron y no le dejaron ver las sombras.

BIBLIOGRAFÍA

• Alori, Laura y otros, *Dos siglos en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2001.
• Bialet Massé, Juan, *Informe sobre el estado de la clase obrera* (T.1), Madrid, Hyspamérica, 1985.
• Botana, Natalio R., *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Hyspamèrica Ediciones Argentina, 1986.
• Botana, Natalio y Gallo, Ezequiel, *De la república posible a la república verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires, Ariel, 1997.
• Cárcano, Miguel Ángel, *Sáenz Peña. La revolución por los comicios*, Buenos Aires, Hyspamérica Ediciones Argentina, 1986.
• Cárcano,Ramón J., *Mis primeros ochenta años*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1965.
• Cersosimo, Domingo, *Álbum gráfico de la República Argentina en el primer centenario de su independencia, 1810-1910*, Buenos Aires, Ed. L. Rosso y Cía, 1910.
• Clemenceau, Georges, *Notas de Viaje por la América del Sur*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1988.
• Cortés Conde, Roberto, "Riqueza y especulación",en José L. Romero y Luis A. Romero, *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*, Buenos Aires, Ed. Abril, 1983.
• Devoto, Fernando y Rosoli, Gianfausto, *La inmigración italiana en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1985.
• Ferrari, Gustavo y Gallo, Ezequiel (comp.), *La Argentina del ochenta al Centenario.*
• Fraga, Rosendo M. y Esteves, Ricardo, *Mirando el bicentenario*, Buenos Aires, Ed. Grupo Velox, 2001.
• Freixá, Ricardo T. E. (comp.), *Avenida de Mayo*, Buenos Aires, Fundación Banco de Boston, 1989.
• Gallo, Ezequiel; Cortés Conde, Roberto, *La República Conservadora*, Hyspamérica Ediciones Argentina, Buenos Aires, 1986.
• Gibelli, Nicolás J., *Crónica Argentina*, Buenos Aires, Ed. Codex, 1969.
• Gutiérrez, Leandro H., "La mala vida", en José L. Romero y Luis A. Romero, *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*, Buenos Aires, Ed. Abril, 1983.
• Gutman, Margarita (edición), *Buenos Aires 1910: Memoria del porvenir*, Buenos Aires, Artes Gráficas Corín Luna, 1999.
• Malosetti Costa, Laura, "Las artes plásticas entre el ochenta y el centenario", en José Emilio Burucúa, *Nueva Historia Argentina, Arte, Sociedad y Política*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1999.
• Molinari, Ricardo L., *Buenos Aires cuatro siglos*, Buenos Aires, Ed. TEA, 1983.
• Muñoz, Miguel Ángel, "Un campo para el arte argentino. Modernidad artística y nacionalismo en torno al Centenario" en Diana Wechsler (coord.) *Desde la otra vereda. Momentos en el debate para un arte moderno en la Argentina (1880-1960)*, Buenos Aires, Ediciones del Jilguero, 1998.
• Rock, David, *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1977.
• Scobie, James R., *Buenos Aires del centro a los barrios, 1870-1910*, Ediciones del Solar, 1986.
• Suriano, Juan, *Trabajadores, anarquismo y estado represor: de la Ley de Residencia a la Ley de Defensa Social (1902-1910)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1998.

Publicación preparada por el

Instituto Histórico
de la Ciudad de Buenos Aires
Avda. Córdoba 1556, 1er. piso
(1055) Buenos Aires
Tel: 4813-9370 / 5822
E-mail: ihcba@buenosaires.gov.ar

Directora:
Lic. Liliana Barela

Jefa Depto. Investigación:
Prof. Lidia González

Secretarios de redacción:
Daniel Paredes
Jorge Mallo

Redactores:
Sandra Condoleo
Jorge Gómez
María Alejandra Jones

Edición:
Rosa De Luca
Marcela Barsamian
Lilia Meli

Diseño:
Fabio Ares

Archivo:
Biblioteca y Archivo Técnico del Instituto Histórico

SECRETARIA DE CULTURA
gobBsAs